

Traducción del texto original

**G. CAVAGNARI, *LA QUALIFICAZIONE VOCAZIONALE DELLA PASTORALE GIOVANILE*,
IN «NOTE DI PASTORALE GIOVANILE» 4 (2023) 7-41**



ESPAÑOL

LA CUALIFICACIÓN VOCACIONAL DE LA PASTORAL JUVENIL



DOSSIERS

LA CUALIFICACIÓN VOCACIONAL DE LA PASTORAL JUVENIL

Gustavo Fabian Cavagnari

Evangelización, pastoral, discipulado

Sin relativizar otras cuestiones relacionadas con el «cómo», el «cuándo», el «dónde» o el «con quién», la pregunta cardinal en torno a la cual gira la reflexión sobre la pastoral juvenil es el «por qué». Precisamente es el «por qué» el que proporciona el motivo y define la intencionalidad de la acción pastoral. De manera sencilla, pero esencial, la Iglesia «hace» pastoral porque esta acción constituye un momento constitutivo de la misión evangelizadora «rica, compleja y dinámica» para la que ella existe.¹ Con el gran mandato del Señor resucitado (cf. Mt 28,19-20),² la comunidad cristiana fue enviada a hacer discípulos a todos los pueblos.³ Para ello, anunciar a Jesucristo y engendrar a la vida de Dios y a la fe cristiana mediante el bautismo es algo sustancial. Sin embargo, no es suficiente. Además, es un deber reconocer, capacitar y corresponsabilizar a quienes han sido engendrados como hijos; educarlos, formarlos y enseñarles a observar todo lo que Cristo nos ha mandado; acompañarlos, guiarlos, cuidarlos y fortalecerlos en el camino de la existencia caminando junto a ellos. Precisamente aquí se sitúa la acción pastoral. Esta se configura, en efecto, como la dimensión o el ámbito de la misión eclesial en el que, a partir del testimonio, del anuncio y del posterior itinerario catequético-iniciático, «alimenta la fe de los bautizados y les ayuda en el proceso permanente de conversión de la vida cristiana».⁴ En cuanto expresión de la única pastoral de la Iglesia, no existen motivos para pensar que la pastoral juvenil pueda sustraerse a esta tarea. No hay excusas que puedan desviar la mirada de quienes trabajan con los jóvenes de esta responsabilidad que comparten todas las expresiones de la pastoral eclesial. ¡Generar discípulos misioneros constituye, por tanto, la finalidad específicamente teológica también de la pastoral juvenil!⁵ ¡Esta es la meta que debería orientar todas sus acciones! ¡Este es el horizonte que hay que «tener presente» y en función del cual «asumir los procesos posibles» (EG, n. 225)! Los tiempos, las estructuras y los métodos están, en definitiva, al servicio de esta finalidad.⁶ En suma, es en la respuesta al porqué de «hacer» pastoral con los jóvenes donde se define el perfil de esta acción eclesial. Sin duda, está orientada a promover su humanidad, rehabilitar su dignidad, formar su conciencia, acompañarlos para que sean capaces de discernir las decisiones concretas que deben tomar con verdad y rectitud y comprometerse corresponsablemente en la vida. Asimismo, busca favorecer su crecimiento espiritual. Pero, sobre todo, pretende anunciar a Jesucristo y las exigencias ineludibles de la vida cristiana, de manera que pueda iniciarse y desarrollarse su discipulado misionero en la Iglesia junto con otros hermanos y hermanas. ¡Este es su rasgo verdaderamente distintivo!

«La pastoral juvenil propone un proyecto de vida desde Cristo».⁷ Nos preguntamos: ¿somos conscientes de esta singularidad? ¿Estamos convencidos de que, además de todo el bien que se hace y se puede hacer a los jóvenes de maneras múltiples y creativas, la pastoral juvenil debería caracterizarse por proponer un itinerario de fe que «se traduce en vocación y seguimiento del Señor Jesús»?⁸ ¿Nos conformamos con ofrecer loables «prestaciones» sociales, educativas o asistenciales, sin atrevernos, sin embargo, a replantear «los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos» de lo que hacemos a la luz del mandato recibido (EG, n. 33)?

Notas

1. Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi. Exhortación apostólica acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo* (8 de diciembre de 1975), n. 17. En adelante: EN. Para los documentos eclesiales he optado por no indicar las referencias bibliográficas completas, sino únicamente su título y la fecha de publicación, considerando que los textos están disponibles en línea.
2. Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium. Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (24 de noviembre de 2013), n. 19. En adelante: EG.
3. Resulta interesante observar que la estructura de la frase de Mateo se apoya en el verbo «hacer», en imperativo, seguido de dos gerundios dependientes, «bautizando» y «enseñando», que articulan la acción de los propios discípulos. Desde esta perspectiva, el núcleo de la evangelización no consiste únicamente en dar testimonio del Evangelio ni solamente en proclamarlo —aunque ambas acciones sean esenciales—, sino en hacer discípulos. Cf. R. FRANCE, *The Gospel of Matthew*, Eerdmans, Grand Rapids 2007, pp. 1106-1119.
4. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la Catequesis*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2020, n. 35.
5. Con «teologal» quiero decir que, en esencia, generar a los jóvenes para la vida cristiana significa capacitarlos para profesar la fe, impregnada de esperanza y vivida en la caridad. Cuando, por diversos motivos, este objetivo no se persigue o no puede perseguirse, la acción eclesial con los jóvenes adopta otras formas que solo pueden entenderse como «pastoral juvenil» en sentido derivado y analógico. Para profundizar en este aspecto me permito remitir a mi libro: G. CAVAGNARI, *Andate e fate discepoli. Verso una pastorale giovanile evangelizzatrice*, Elledici, Turín 2021, pp. 21-66, especialmente 56-63.
6. Cf. D. FIELDS, *Purpose-Driven Youth Ministry: 9 Essential Foundations for Healthy Growth*, Zondervan, Grand Rapids 1998, pp. 17-18.
7. FRANCISCO, *Christus vivit. Exhortación apostólica postsinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios* (25 de marzo de 2019), n. 242. En adelante: ChV.
8. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Comunicare il Vangelo in un mondo che cambia. Orientamenti pastorali per il primo decennio del 2000* (29 de junio de 2001), n. 51.

Vocación, vocaciones, discernimiento

Madurar en el seguimiento

Si la pastoral con los jóvenes se configura como «todo cuanto la comunidad cristiana hace para ayudar a los jóvenes a asumir y madurar su fe de modo que lleguen a ser auténticos discípulos de Jesucristo»,¹ se comprende entonces que no puede sino «ser vocacional» (cf. ChV, n. 254). Vocacional no solo «porque la juventud es el momento privilegiado para tomar las decisiones de la vida y para responder a la llamada de Dios» (DF, n. 140) —motivo de conveniencia biográfica—,² sino también porque, si no lo fuera, ni siquiera sería una pastoral digna de ese nombre ni estaría a la altura de su misión en la Iglesia —motivo de pertinencia eclesiológica—. La vocación se presenta como el destino natural, el punto de llegada y la perspectiva unificadora de todo itinerario pastoral con los jóvenes. Una pastoral juvenil que careciera de alma, de impronta y de intencionalidad vocacional resultaría, por tanto, incompleta. Debe crear una «cultura vocacional» y trabajar para que todos respiren ese «aire».³

El tema de la vocación exige ser pensado en profundidad. Sería inútil pretender resolverlo en unas pocas líneas. A quienes trabajan pastoralmente con los jóvenes, los documentos del reciente Sínodo de 2018 ofrecen valiosos elementos en esta dirección. En efecto, del camino sinodal «ha surgido la necesidad de cualificar vocacionalmente la pastoral juvenil»,⁴ considerando a todos los jóvenes destinatarios y, al mismo tiempo, sujetos de procesos completos de iniciación a la vida adulta, de integración progresiva de las diversas dimensiones de la existencia y de inserción en la comunidad civil y cristiana. No puede dejar de advertirse, sin embargo, la fuerza con la que, siguiendo esta línea, «Francisco ha asumido uno de los temas que el sentido común consideraba más exclusivo de formas específicas de vida eclesial para convertirlo en el eje de la pastoral juvenil».⁵ Es evidente que, para ello, resulta fundamental, a nivel de criterios, una comprensión amplia de la vocación como orientación definitiva de la vida bajo el signo de la *sequela Christi* (cf. ChV, n. 257; cf. ChV, n. 248).⁶ En realidad, seguir al Señor es la única llamada de la que habla la Escritura. Las diversas llamadas «particulares» no son sino modos concretos de ir tras Él (cf. Mt 4,19; 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23). Por eso, además del deseo de conocer y elegir cuál es el proyecto de Dios «para mí», es necesario conocer y asumir el proyecto de Dios «para todos». Y ese proyecto Dios lo ha revelado por un camino objetivo, universal, necesario, seguro y claro: venir a Él por medio de su Hijo (cf. Jn 14,6). En este sentido, «el “carácter vocacional” de la pastoral juvenil no se debe interpretar en modo exclusivo, sino intensivo», afirma el Sínodo (DF, n. 140); y el papa Francisco lo reafirma: no en un «sentido restrictivo», sino inclusivo.⁷ Sobre este punto queda todavía un inmenso trabajo por realizar, porque se trata de modificar no solo una perspectiva profundamente arraigada en el imaginario de los agentes de pastoral, sino también en el de los propios jóvenes.⁸

Entre los jóvenes y adultos que conocemos... ¿cómo se percibe el término «vocación»? ¿Qué idea tienen de él? ¿Cómo lo interpretan? ¿Cómo reaccionan ante esta palabra? ¿Predomina una concepción restringida o amplia de la vocación? ¿Poseen una comprensión unívoca o plurívoca?
--

Solo en un segundo momento, y como expresión de esa vocación universal y eternamente unificadora al seguimiento, se inserta la llamada singular que Dios dirige a cada persona. Según la tipología habitual, está la vocación al sacerdocio ministerial, para llegar a ser pastores del rebaño de Dios (cf. DF, n. 89); la vocación a la vida consagrada, para ser profetas de fraternidad y cuidar de los últimos en las periferias del mundo (cf. DF, n. 88); y la vocación al matrimonio, para dar testimonio del Evangelio mediante el amor recíproco, la generación y la educación de los hijos (cf. DF, n. 87).⁹ Además, hoy se reconoce que la condición de soltero, si «asumida en una lógica de fe y de don, puede convertirse en uno de los muchos caminos mediante los que se realiza la gracia del Bautismo y se camina hacia la santidad a la que todos estamos llamados» (DF, n. 90; cf. ChV, n. 267). En cualquier caso, en la primera llamada están contenidas

todas las demás. «Las diversas formas de seguimiento de Cristo expresan, cada una de un modo propio, la misión de testimoniar el acontecimiento de Jesús, en el que todo hombre y toda mujer encuentra la salvación» (DF, n. 84).

¿Somos conscientes de que la llamada sobre la que se levanta todo el edificio vocacional y a la que todos somos convocados, sin excepción, es la llamada bautismal?

En lo que se refiere a las vocaciones particulares, conocemos quizá una cierta pastoral juvenil que entiende la vocación en sentido «restringido». Más que responder a los itinerarios existenciales de los jóvenes, configura el acompañamiento a partir de las necesidades institucionales y de la búsqueda de candidatos para la vida sacerdotal, religiosa o consagrada. Sin banalizar la especificidad y la necesidad de promover las vocaciones «de especial consagración», una perspectiva de mero «reclutamiento» termina por desvirtuar el sentido originario del acompañamiento del proceso vital de los jóvenes desde la llamada de Dios.

Preguntémonos: ¿nuestra pastoral se preocupa por ofrecer itinerarios que ayuden a todos a orientar evangélicamente su vida y a realizar sus elecciones de manera coherente?

En síntesis, descubrir la propia vocación debería ser el resultado normal de un proceso de evangelización que conduce a los jóvenes a «seguir a Cristo» (DF, n. 61) e incorporarse a la comunidad cristiana.¹⁰ En este sentido, resulta particularmente significativa la última frase del n. 139 del Documento final: «el objetivo de la pastoral es ayudar a todos y a cada uno, mediante un camino de discernimiento, a alcanzar la «madurez que corresponde a la plenitud de Cristo» (Ef 4,13)».

Explorar el propio itinerario de vida

Comprender cuál es, en concreto, la fisonomía del seguimiento que cada uno está llamado a emprender es, evidentemente, una cuestión de discernimiento o, según las palabras del Sínodo, de saber reconocer lo que se está viviendo e interpretar, a la luz de las Escrituras, los acontecimientos experimentados para acoger la voluntad de Dios en la realidad concreta de la propia situación y elegir, desde una perspectiva de fe, aquello que el Espíritu sugiere para la vida (cf. DF, nn. 4, 87 y 104).¹¹ Se trata de una tarea exigente, en la que interactúan de manera dinámica e integral todas las facultades de la persona y a la que es decisivo dedicarse con seriedad.

En lo que se refiere a la vocación fundamental, es decir, «seguir a Cristo» (DF, n. 61) y «ser sus discípulos y testigos» (DF, n. 82), el discernimiento busca responder, ante todo, a una pregunta básica: ¿estoy dispuesto a dejarme iluminar y transformar por el gran anuncio del Evangelio, es decir, por la verdad de que Dios me ama, Cristo es mi Salvador, Él vive y me quiere vivo? (cf. ChV, nn. 1, 130 y 134). Y después: ¿estoy dispuesto a aceptar las consecuencias que de ello se derivan? En efecto, «lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de cada joven es ante todo su amistad. Ese es el discernimiento fundamental» (ChV, n. 250). No una amistad superficial, pasajera o meramente emotiva, cómoda y sin especiales exigencias, sino una amistad capaz de convertirse en seguimiento. Porque, así «como el de los amigos que se siguen y se buscan y se encuentran por pura amistad», «lo que Jesús nos propone para elegir es un seguimiento» (cf. ChV, n. 290). ¿No es este precisamente el testimonio de la Escritura?

Los discípulos escucharon el llamado de Jesús a la amistad con Él. Fue una invitación que no los forzó, sino que se propuso delicadamente a su libertad: «Vengan y vean» les dijo, y «ellos fueron, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día» (Jn 1,39). Después de ese encuentro, íntimo e inesperado, dejaron todo y se fueron con Él. (ChV, n. 153).

En cuanto a cada vocación particular, es decir, a la forma personal de seguimiento de Cristo (cf. DF, n. 82), las preguntas a las que hay que responder se multiplican.

Cuando se trata de discernir la propia vocación, es necesario hacerse varias preguntas. No hay que empezar preguntándose dónde se podría ganar más dinero, o dónde se podría obtener más fama y prestigio social, pero tampoco conviene comenzar preguntándose qué tareas le darían más placer a uno. Para no equivocarse hay que empezar desde otro lugar, y preguntarse: ¿me conozco a mí mismo, más allá de las apariencias o de mis sensaciones?, ¿conozco lo que alegra o entristece mi corazón?, ¿cuáles son mis fortalezas y mis debilidades? (ChV, n. 285).

En este sentido, es de fundamental importancia que la persona se conozca y reflexione, en interacción con los demás —el grupo de iguales, la familia, las instituciones educativas y sociales— y con el ambiente en el que vive, tanto sobre sus capacidades, habilidades y competencias como sobre la adecuación o no de la imagen que ha construido de sí misma a lo largo del tiempo y desde la cual deberá decidir aquello que aspira a llegar a ser. La consideración honesta de los propios recursos, presentes y potenciales, le permitirá redescubrirse, madurar el concepto que tiene de sí misma y orientarse hacia una elección de vida.

En este empeño existe el riesgo de quedar atrapado en un análisis interminable de uno mismo. Inmediatamente siguen otras preguntas: “¿cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia?, ¿cuál es mi lugar en esta tierra?, ¿qué podría ofrecer yo a la sociedad? Luego siguen otras muy realistas: ¿tengo las capacidades necesarias para prestar ese servicio?, o ¿podría adquirirlas y desarrollarlas?” (ChV, n. 285). Estas cuestiones no deben plantearse de forma abstracta, sino en relación con los demás, de modo que el discernimiento lleve a configurar la propia vida en referencia a los demás.

Por eso quiero recordar cuál es la gran pregunta: «Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: “Pero, ¿quién soy yo?”. Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: “¿Para quién soy yo?”» (ChV, n. 286).

Se trata, por tanto, de decidir para quién vivir, además de decidir por qué vivir. Esta etapa del discernimiento no es solamente intelectual. Las posibles respuestas deben ponerse a prueba mediante experiencias adecuadas al propio crecimiento. Esto significa que, implicándose realmente en algún servicio, cualquiera que este sea, quien discierne debe verificar la autenticidad de respuestas quizá precipitadas, confirmar o descartar hipótesis y abstracciones, desenmascarar posibles ficciones, identificar imágenes operativas —de Dios, de la fe, de la Iglesia, del sacerdocio, de la vida consagrada, de la familia...—, afrontar apegos desordenados, reconocer heridas o falsas motivaciones e identificar hábitos profundamente arraigados.

Mientras vive esa experiencia, la persona que discierne se preguntará: ¿qué dinámicas interiores estoy experimentando? ¿Me siento confirmado o cuestionado en mis decisiones? ¿Están cambiando mis perspectivas? ¿Se profundizan mis valores y mi vida espiritual? ¿Me guían ambiciones egocéntricas, expectativas narcisistas o motivaciones auténticamente altruistas? ¿Experimento valentía, fortaleza, consuelo y paz?

Estas preguntas deberían evitar el riesgo de limitarse a acumular experiencias sin comprometer realmente la propia vida y, precisamente en ese compromiso, descubrir el verdadero yo. Además, en esta etapa del camino conviene escuchar también las observaciones de quienes me conocen bien: ¿qué dicen de mí? ¿Cómo me ven?

Entendámonos: toda persona es potencialmente capaz de elegir cualquier camino de vida, pero, de manera realista, también está llamada a tener en cuenta los límites concretos que dan medida a su libertad. Pongamos un ejemplo: ¿quién me impide convertirme en un submarinista profesional? Nadie. Pero, si

padezco graves problemas cardiovasculares, la mejor manera de elegir mi camino será tener en cuenta ese hecho.

¿Existen entre los jóvenes interrogantes de carácter vocacional? ¿Nuestra pastoral permite que esas preguntas afloren? ¿Nuestras propuestas ayudan a los jóvenes a plantearse cuestiones quizá inéditas? ¿Nuestra mediación les ayuda a afrontar esas interpelaciones?

Desde esta perspectiva, discernir la propia vocación no consiste en «inventarse» o en crearse a sí mismo desde la nada, sino en descubrirse a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser al servicio de los demás. En otras palabras, se trata de «sacar afuera lo mejor de ti para la gloria de Dios y para el bien de los demás» (ChV, n. 257).

Recientemente el Papa lo expresaba así: cuando acogemos la mirada amorosa y creadora de Dios manifestada en Jesús, «todo se vuelve un diálogo vocacional, entre nosotros y el Señor, pero también entre nosotros y los demás. Un diálogo que, vivido en profundidad, nos hace ser cada vez más aquello que somos».¹²

En términos más técnicos, esta afirmación remite a lo que la psicología denomina principio evolutivo epigenético, unido, sin embargo, a un principio metodológico de carácter genético: el desarrollo acontece siempre sobre algo que ya existe, aunque sea necesario crear las condiciones adecuadas para que ese crecimiento pueda realizarse.

Así, cuando un joven —como también un adulto— solo se contempla a sí mismo en el horizonte de su existencia, vive patológicamente encerrado en sí mismo, trabaja únicamente para su propia supervivencia y apuesta todo al desarrollo de sus potencialidades, esteriliza su vida y se excluye de toda posible dinámica vocacional. Por el contrario, avanza en la medida en que logra olvidarse de sí mismo y entregarse a una alteridad hecha de relaciones concretas y abiertas a una visión proyectual de la existencia. Desde esa perspectiva, la persona sale del egocentrismo autorreferencial, se supera y, precisamente porque trasciende su propio yo, llega a realizarse plenamente.¹³

Desde un punto de vista teológico, la pregunta por el servicio es decisiva y solo puede entenderse desde la lógica de una vida que, como la de Jesús y la de su Cuerpo eclesial, está marcada por la entrega. Así como el Verbo se hizo carne, vivió, murió y resucitó por nosotros, también quien lo sigue existe «también para los demás», y las «muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas» que posee no son para sí mismo, sino «para otros» (ChV, n. 286). Como afirma el Papa, la medida afectiva, moral y espiritual de una persona se expresa, ante todo, en ese «éxtasis» que consiste en salir de uno mismo para buscar el bien de los demás hasta dar la propia vida (cf. ChV, n. 163), en lugar de morir narcisísticamente ahogado en la propia imagen. «Para que la juventud cumpla la finalidad que tiene en el recorrido de tu vida, debe ser un tiempo de entrega generosa, de ofrenda sincera, de sacrificios que duelen pero que nos vuelven fecundos» (ChV, n. 108). ¡La vida cristiana es extática, pero no inmóvil!

Notas

1. J. BECKMAN, «What is Youth Ministry?», en J. BECKMAN – E. GALLAGHER, *Discipleship Focused Youth Ministry*, Discipleshipym, Columbia 2016, p. 6.
2. El hecho de que el discernimiento consciente de la propia vocación tenga lugar habitualmente en el paso de la juventud a la vida adulta no debe llevar a pensar que el acompañamiento vocacional corresponda exclusivamente a esas etapas de la vida. Si existe un acompañamiento vocacional específico, que comienza con la manifestación de un interés vocacional concreto y culmina con una opción de vida, existe también un acompañamiento vocacional difuso que anima y sostiene a la persona a lo largo del camino de vivir día tras día la opción realizada.
3. R. SALA, «Il lievito nella pasta. L'anima vocazionale della pastorale», en *Vocazioni* XXXIV (2017) 6, pp. 32-42: 37.
4. SÍNODO DE LOS OBISPOS – XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Documento final* (27 de octubre de 2018), n. 16. En adelante: DF.
5. Cf. A. BOZZOLO, «Giovani e scelte di vita: una prospettiva teologica», en M. VOJTÁŠ – P. RUFFINATO (eds.), *Giovani e scelte di vita. Prospettive educative. Atti del Congresso Internazionale organizzato dall'Università Pontificia Salesiana e dalla Pontificia Facoltà di Scienze dell'Educazione Auxilium* (Roma, 20-23 settembre 2018), LAS, Roma 2019, pp. 391-399: 395.
6. La cita del *Documento final* evoca la afirmación según la cual, para un cristiano, el encuentro con la persona de Cristo «da a la vida un nuevo horizonte y, con ello, la orientación decisiva»: BENEDICTO XVI, *Deus caritas est. Carta encíclica sobre el amor cristiano* (25 de diciembre de 2005), n. 1. Citada también en EG, n. 7.
7. FRANCISCO, *Llamados a edificar la familia humana. Mensaje para la 59.ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones* (8 de mayo de 2022).
8. Según la investigación cualitativa realizada en Italia en 2019 por Toluna para la Oficina Nacional para la Pastoral de las Vocaciones (UNPV), entre los más de 800 entrevistados por vía web, solo uno de cada dos (48 %) es consciente de que «todos tienen una vocación», mientras que un tercio piensa que la vocación es «una llamada que Dios dirige a algunas personas para que sean sacerdotes o religiosas». Cf. E. MACRI – P. CORTELLESA, «Vocazione che scuote e interroga. Una ricerca statistica tra i cattolici praticanti», en *Vocazioni* XXXVI (2019) 1, pp. 25-28: 27. Los resultados son semejantes a los de la investigación sociológica realizada en Italia en 2006 sobre la vocación juvenil, según la cual el 52 % de los entrevistados consideraba que la vocación concierne a todos, mientras que el 22 % pensaba que solo la tienen quienes realizan determinadas opciones de vida. Cf. R. FERRERO CAMOLETTO, «A ciascuno la sua strada: questione di scelte o di vocazione?», en F. GARELLI (ed.), *Chiamati a scegliere. I giovani italiani di fronte alla vocazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2006, pp. 51-82: 58.
9. Debe reconocerse que, en el imaginario social y en el lenguaje común, todavía muchas personas entienden el término «vocación» desde un punto de vista profesional.
10. Cf. J. PATRÓN WONG, *Mediazioni della pastorale vocazionale*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de responsables de pastoral vocacional y de la formación permanente del clero (Los Teques, Venezuela, 9 de julio de 2019). Original en español.
11. Llama la atención que, según la investigación de la UNPV, en la clasificación de las palabras asociadas al término «vocación», el «discernimiento» sea elegido únicamente por el 5,2 % de los encuestados. Cf. P. CORTELLESA, «Vocazione: una lettura ragionata. 1/ L'alfabeto della vocazione», en *Vocazioni online*.
12. FRANCISCO, *Llamados a edificar la familia humana*.
13. Cf. R. SALA, *Pastorale giovanile*, vol. 2: *Intorno al fuoco vivo del Sinodo. Educare ancora alla vita buona del Vangelo*, Elledici, Turín 2020, p. 350.

Casa, camino, acompañamiento

Discernir la propia vocación no es, en cualquier caso, una tarea sencilla. Presa de caprichos subjetivos y de errores objetivos, la persona puede encontrarse fácilmente «a merced de las tendencias del momento» (ChV, n. 279). El narcisismo de nuestra época puede impedir la posibilidad de ponerse ante Dios y contemplar la propia vida tal como Él la conoce (cf. ChV, n. 280). Una conciencia indolente o indiferente puede incapacitar a la persona para reconocer las llamadas de Dios «en la propia experiencia cotidiana, en los acontecimientos de la historia y de las culturas» en las que está inserta (ChV, n. 282). Ilusionada por fantasías, puede vivir en las nubes y simplemente alejarse de su «verdadero camino» (ChV, n. 293).

Por ello, el discernimiento necesita un espacio adecuado «de soledad y silencio» (ChV, n. 283) —algo realmente difícil en esta época nuestra, ruidosa y agitada¹—, en el que dejarse interpelar por la Palabra, cultivar la oración y la adoración, leer y meditar el testimonio de los santos y la enseñanza de los grandes maestros espirituales, y realizar un sincero examen de conciencia. Además, exige tiempo, tal como nos enseña la parábola del trigo y la cizaña (cf. Mt 13,24-30); por ello requiere paciencia, rechazando la prisa y la búsqueda de respuestas inmediatas, así como una mirada de largo alcance, capaz de pensar en plazos al menos de medio o largo recorrido para llevar a término un proyecto.

¿Cómo hacer esto hoy? ¿Cómo enseñar y aprender a discernir en una cultura en la que el espacio y el tiempo se han contraído? ¿Cómo ayudar a los jóvenes a desarrollar la capacidad de invertir en los tiempos de espera, tanto cuando se trata de una espera pasiva como de una espera activa?

El discernimiento requiere razón, prudencia y una buena dosis de sentido común. Pero, «porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites»,² eso no basta. El discernimiento es también un don que hay que pedir y una gracia que hay que acoger. En este sentido, no deben descuidarse los preciosos sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, ni las diversas formas de piedad.

Finalmente, el discernimiento exige dejarse acompañar (cf. ChV, n. 291).³ Quien acompaña deberá saber ejercer una auténtica mediación, para que la persona que discierne pueda formular adecuadamente sus preguntas, explorar posibilidades legítimas, poner a prueba alternativas válidas, purificar sus motivaciones, descubrir caminos y, finalmente, tomar una decisión.

Precisamente la pastoral juvenil tiene la misión específica de ayudar a los jóvenes a iluminar la propia vocación, favoreciendo y acompañando el discernimiento y, finalmente, la decisión. Sin embargo, esta afirmación de principio solo será posible si la pastoral juvenil hace de la dimensión relacional su eje fundamental, ofreciendo así a los jóvenes la posibilidad de superar las situaciones de orfandad (cf. ChV, n. 216) y de extrañeza (cf. ChV, n. 80) en las que viven, precisamente gracias a formas concretas de comunicación, de relación y de cuidado entre las personas.

El arte de hacer hogar

Resulta significativo que, al hablar de la renovación de la pastoral juvenil en clave vocacional, el Documento final del Sínodo de 2018 parta de la idea de la Iglesia como una «hogar acogedor»; un espacio caracterizado «por un ambiente familiar, hecho de confianza y seguridad»; un lugar en el que, mediante «gestos concretos y proféticos de una acogida alegre y cotidiana» (DF, n. 138), sea posible ofrecer «un verdadero testimonio de fraternidad» y hacer realidad la exigencia de «caminar juntos» (DF, n. 128). En definitiva, una comunidad «en la que [los jóvenes, pero también los adultos] puedan descubrir quiénes son y de qué modo pueden ofrecer su propia contribución»⁴ o, con las mismas palabras del Sínodo, «un hogar acogedor para adolescentes y jóvenes, que pueden descubrir sus propios talentos y ponerlos a disposición mediante el servicio» (DF, n. 143).

El redescubrimiento del carácter doméstico de la Iglesia invita a situar en el centro la relación afectiva: sana, auténtica, ordenada e inspirada por el Evangelio (cf. DF, n. 149), y llamada, sin duda, a configurarse como una relación educativa y evangelizadora (cf. DF, n. 34). En efecto, «sentirse unidos a los otros más allá de vínculos utilitarios o funcionales» hace que «sentamos la vida un poco más humana», permite que la profecía de la fraternidad «tome cuerpo», hace que nuestras horas y nuestros días sean menos inhóspitos, indiferentes y anónimos, y crea «lazos fuertes» (ChV, n. 217).

Este estar con los demás de manera consciente, atenta y vigilante se opone frontalmente a la indiferencia que con frecuencia nos envuelve; hace posible que las personas se encuentren, se conozcan o vuelvan a reconocerse. Crear un ambiente familiar en el que cada uno pueda sentirse acogido, sostenido, alentado con realismo y estimulado (cf. ChV, n. 243), y desarrollar «la trama de relaciones que puede sostener a la persona en su camino y ofrecerle puntos de referencia y de orientación» (DF, n. 92), interpela a toda la comunidad eclesial (cf. EG, n. 106). En efecto, la pastoral con los jóvenes no concierne solamente a quienes trabajan directamente con ellos o a personas especialmente preparadas, sino a todos y cada uno:

La comunidad cristiana considera también como tarea propia contribuir a generar estilos de encuentro y de comunicación. Lo hace, ante todo, en su propio interior, mediante relaciones interpersonales atentas a cada persona. Comprometida a no sacrificar la calidad de la relación personal a la eficacia de los programas, la comunidad eclesial considera un testimonio del amor de Dios el promover relaciones maduras, capaces de escucha y de reciprocidad.⁵

Ciertamente, «hacer hogar» no es un arte fácil de aprender.⁶ Significa situar el propio centro de gravedad fuera de uno mismo y de las propias necesidades; comprender la propia vida desde la perspectiva del servicio; superar el propio egocentrismo; desprenderse del repliegue sobre sí mismo y abrirse plenamente a la disponibilidad. La familiaridad, por tanto, es mucho más que un simple estilo; es un afecto maduro, purificado por el camino de la renuncia y fecundado teológicamente.

Sobre este trasfondo debería llamar especialmente nuestra atención el hecho de que, para vivir «una profunda experiencia de discernimiento vocacional», el Sínodo haya propuesto «firmemente a todas las Iglesias particulares, a las congregaciones religiosas, a los movimientos, a las asociaciones y a otras instancias eclesiales, que se ofrezca a los jóvenes una experiencia de acompañamiento con miras al discernimiento», durante un tiempo que habrá de determinarse según los contextos y las oportunidades, y en un ambiente caracterizado, entre otros elementos indispensables, por una «vida fraterna compartida» intensa y significativa (DF, n. 161).

Los Padres sinodales reconocen así las potencialidades vocacionales de un ambiente profundamente relacional como el de la vida en común, donde los jóvenes pueden compartir con los adultos la vida cotidiana de un modo sencillo, sobrio, respetuoso, arraigado en la oración y en la vida sacramental.⁷

El arte del acompañamiento personal

Entre las diversas mediaciones, servicios y ayudas que ofrece una Iglesia que acompaña, el n. 97 del *Documento final* describe el acompañamiento personal en orden al discernimiento vocacional como un proceso que pretende ayudar a la persona a integrar progresivamente las diversas dimensiones de su vida, a interpretarlas desde una perspectiva de fe, a reconocer en ellas lo que el Espíritu le sugiere y a tomar decisiones en la perspectiva del discipulado (cf. EG, nn. 169-173). Sin poder detenernos en los distintos tipos de acompañamiento (cf. DF, nn. 95-96) ni profundizar en todos los aspectos de esta modalidad de relación personal, nos fijaremos únicamente en tres rasgos particulares.

a) El acompañamiento es espiritual

Este adjetivo resulta fundamental para aclarar de qué tipo de relación de ayuda se trata. Sin perder de vista el objetivo de favorecer la unificación o integración de «todas las dimensiones de la persona» (DF, n. 139), en el acompañamiento espiritual la finalidad principal consiste en leer «a la luz del Espíritu» lo que acontece en la persona acompañada, para ayudarla a reconocer, en la interacción entre pensamientos y sentimientos, «una llamada que Dios hace oír» (EG, n. 154) y mediante la cual la invita a decidirse; no necesariamente para tomar «decisiones fundamentales para la vida», sino también para dar «respuestas concretas y puntuales a los impulsos hacia el bien que Dios suscita en el corazón de la persona».⁸

Esta perspectiva implica que la persona acompañada ha de evitar encerrarse en introspecciones solipsistas para crecer en la conciencia de ser llamada por Dios y vivir, por tanto, según la lógica de una fe que responde a una iniciativa divina. Este principio, válido para cualquier discípulo en cualquier momento de la vida, adquiere un significado particular para los jóvenes que buscan su propia vocación. El éxito de una pastoral juvenil en clave vocacional puede evaluarse en la medida en que los jóvenes vinculan sus decisiones —especialmente aquellas que comprometen toda su existencia— al dinamismo de una fe que es «respuesta a una Palabra que interpela personalmente»⁹ y las insertan en el seguimiento de Jesucristo (cf. LF, nn. 29 y 58).

Más allá de los habituales mensajes de animación, aliento, exhortación o consejo, ¿se recuerda a los jóvenes, al menos de vez en cuando, que tienen una vocación y que la vida es un «camino de respuesta» a esa llamada (ChV, n. 248)?

El acompañamiento espiritual posee una densidad pneumatológica tal que, sin excluirlas (cf. DF, n. 99), se distingue claramente «de otras formas de acompañamiento personalizado como counseling, coaching, mentoring, tutoría, etc.»¹⁰ u otras modalidades de ayuda psicológica.¹¹

Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. [...] El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomenta este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre. (EG, n. 170).

Las aportaciones de una psicología abierta a la trascendencia (cf. DF, n. 99) constituyen una ayuda valiosa para «el conocimiento de sí mismo y del propio mundo intrapsíquico, de las propias aptitudes, motivaciones, pero también de las propias fragilidades y temores» y, por consiguiente, para emprender un proceso de integración de todo aquello que caracteriza a cada persona «en una única perspectiva vocacional».¹² Sin embargo, más allá de ciertos conocimientos y competencias psicológicas básicas, para acompañar el discernimiento de una vocación no se requiere una verdadera profesionalidad psicodiagnóstica o psicoterapéutica.

¿Cómo construir un itinerario atento a los procedimientos técnicos y fiel a las etapas previstas, pero que tenga sobre todo al Espíritu Santo como su principal actor y protagonista?

b) El acompañamiento tiene un carácter personalizado y personalizante

En el acompañamiento hay dos personas, una frente a la otra, que entretengan una relación bidireccional. Tanto quien es acompañado como quien acompaña poseen una historia personal; ambos tienen rasgos de personalidad que favorecen o dificultan la relación; ambos muestran una mayor o menor disponibilidad para escuchar al otro y reaccionan de modo diverso ante las cuestiones que se ponen en juego. Sin embargo, resulta evidente que, aunque el vínculo constituya también una ocasión de crecimiento para quien acompaña, el diálogo y la propuesta formativa se organizan en torno a la persona acompañada.

El acompañante espiritual, en lugar de atraer al otro hacia sí, adoptando «actitudes posesivas y manipuladoras que crean en las personas dependencia en lugar de libertad» (DF, n. 102), procura entrar «con una mirada respetuosa y llena de compasión» en la «tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5)» (EG, n. 169; ChV, n. 67), para ayudarle a descubrir cómo obedecer a las mociones del Espíritu Santo.

No faltan escritos que describen la figura del acompañante. Sin embargo, a quien desea «ayudar a otro a discernir el camino de su vida» (ChV, n. 291), el papa Francisco ha propuesto recientemente —recogiendo las aportaciones de los propios jóvenes y algunas indicaciones del *Documento final* (cf. nn. 70, 77, 97, 102 y 103)— una descripción breve y sintética de sus rasgos esenciales: un cristiano fiel, comprometido en la Iglesia y en el mundo; en continua búsqueda de la santidad; capaz de escuchar activamente; lleno de amor y de conciencia de sí mismo; conocedor de sus propios límites y consciente de ser un pecador perdonado; experimentado en la vida espiritual, sin considerarse ni ser considerado perfecto; capaz de guiar a los jóvenes caminando a su lado y permitiéndoles ser protagonistas activos; respetuoso de su libertad, convencido de sus capacidades y confiado en sus recursos; cultivador de las semillas de la fe presentes en los jóvenes, sin esperar ver inmediatamente los frutos de la acción del Espíritu Santo; sólidamente formado y comprometido con su propio crecimiento (cf. ChV, n. 246).

Honestamente, la comparación con este perfil puede provocar en el acompañante espiritual un cierto sentimiento de frustración y de desánimo. Sin embargo, ni este ideal ni la complejidad del mundo juvenil deberían convertirse en razones suficientes para desalentar a quien acompaña.

¿Expresan los jóvenes el deseo de ser acompañados? ¿Existen personas preparadas y dedicadas a esta misión? ¿Los distintos grupos parroquiales, movimientos y asociaciones juveniles apuestan realmente por procesos personales de acompañamiento? ¿Qué factores dificultan hoy el encuentro con los jóvenes y su acompañamiento?

Es precisamente en el rasgo de la escucha activa donde el papa Francisco identifica tres actitudes fundamentales que conviene tener siempre presentes.¹³

- La primera atención se dirige a la persona y a lo que dice. Se trata de escuchar al otro, que se entrega a sí mismo a través de sus palabras. Durante el tiempo del encuentro, quien es acompañado debe experimentar que es escuchado como si quien escucha «no tuviera otra cosa que hacer»¹⁴ sin condicionamientos, juicios ni signos de aburrimiento. La escucha atenta, compasiva y desinteresada manifiesta el valor que la otra persona tiene para quien acompaña, más allá de sus ideas o de las opciones de vida que haya tomado (cf. ChV, n. 292).

Acompañar es un proceso en el que no se ofrece simplemente oír, sino escuchar. Es un proceso que exige a quien acompaña implicarse plenamente en una escucha contemplativa, que no busca ofrecer respuestas prefabricadas, sino facilitar al joven su propio camino de descubrimiento de sí mismo.¹⁵

- La segunda atención se dirige a aquello que el otro «quiere» decir con lo que dice, o a aquello que pretende comunicar a partir de lo que está viviendo. En los temas que se abordan, el acompañante está llamado, ante todo, a discernir entre las mociones del buen espíritu y las del espíritu malo (cf. ChV, n. 293). Pero también debe tener el valor —junto con el afecto y la delicadeza necesarios— de ayudar al otro a reconocer la verdad, las mentiras o los pretextos presentes en su vida. En efecto, un buen acompañante no actúa con «falsas indulgencias» (DF, n. 102). Tampoco adopta una actitud fatalista. Por una parte, invita siempre a levantarse de nuevo, a dejarse sanar, a abrazar la cruz y a volver a empezar. Por otra, aunque tenga en cuenta la situación real de los jóvenes y no fuerce los tiempos de crecimiento, tampoco rebaja la «alta medida» de la vida cristiana, que es la santidad.¹⁶

- La tercera atención se dirige a los impulsos que la persona acompañada experimenta cuando se proyecta «hacia delante». Más allá de lo que siente y piensa acerca de lo que ha hecho en el pasado, y más allá de aquello que en el presente percibe como carencia, la atención se orienta hacia aquello que desearía llegar a ser, aunque todavía aparezca poco claro o incluso confuso. En esta etapa, el acompañante está llamado a ayudar al otro a mirar y a poner nombre a los deseos que percibe dentro de sí; no tanto a aquello que le gusta o a aquello cuya necesidad experimenta de manera inmediata, sino a esa intuición o inspiración que, «aunque sea pequeña, es capaz de adquirir una dimensión totalizante».¹⁷

Un segundo paso consiste también en hacer aflorar el imaginario de aquello a lo que se aspira y delinear los rasgos del objeto deseado, purificándolo de idealismos y equívocos para que emerja una imagen más madura. En este sentido, quien acompaña no es un ingenuo que acepta sin más la interpretación que la persona hace de su propia historia o que acoge pasivamente el tipo de ayuda que esta solicita y la forma en que la solicita; tampoco es alguien que diseña arbitrariamente un itinerario; menos aún quien proyecta sobre el otro sus propias opciones de vida. Sencillamente, el acompañante es quien escucha, educa, hace emerger lo que habita en el corazón, abre horizontes nuevos para cada persona y la impulsa hacia pasos concretos y posibles.

¿Cómo acompañar a un joven sin sofocar la pregunta vocacional, sin improvisar consejos concebidos de antemano y sin caer en un discurso estandarizado y previsible? Además, ¿cómo acompañar evitando el equívoco —ilusorio e ingenuo— de situarse en una posición de no directividad o de pretendida neutralidad? Finalmente, ¿cómo escapar de la tentación de decir al joven lo que debe hacer, favoreciendo así su pasividad en el proceso de decisión y evitándole el arduo trabajo de búsqueda que exige responder personalmente a la pregunta que él mismo plantea a quien le acompaña?

c) Finalmente, el acompañamiento es evangélicamente propositivo

Tan cierto es que hay que hacerse cercano, escuchar y respetar la gradualidad del crecimiento, como lo es también que resulta necesario aclarar desde el principio las exigencias del seguimiento del Señor. El episodio evangélico del joven rico (cf. Mt 19,16-22) enseña que el Señor no tuvo miedo de proponer un camino exigente de radicalidad evangélica que, «si no lo proponemos nosotros, otros lo propondrán».¹⁸

Notas

1. Cf. FRANCISCO, *La Santa Casa es la casa de los jóvenes*. Discurso con ocasión de la firma de la Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* (25 de marzo de 2019).
2. ID., *Gaudete et exsultate. Exhortación apostólica sobre el llamado a la santidad en el mundo actual* (19 de marzo de 2018), n. 170. En adelante: GEx. A este tema está dedicada la sección comprendida entre los nn. 166 y 175.
3. Según la investigación de la Oficina Nacional para la Pastoral de las Vocaciones (UNPV), para más del 30 % de la muestra el camino para comprender la propia vocación consiste en «tener un director espiritual». Sin embargo, menos de la mitad de los encuestados ha seguido un proceso de acompañamiento vocacional a lo largo de su vida. Un tercio lo hizo en el pasado y solo el 15,9 % lo sigue actualmente. Cf. P. CORTELLESA, «Vocazione: una lettura ragionata. 2/ La dinamica della vocazione», en *Vocazioni online*.
4. C. CLARK, «The Adoption View of Youth Ministry», en C. CLARK (ed.), *Youth Ministry in the 21st Century. Five Views*, Baker Academic, Grand Rapids 2015, pp. 73-90: 85.
5. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, «Regenerados para una esperanza viva» (1 Pe 1,3): *testigos del gran «sí» de Dios al hombre. Nota pastoral después del IV Congreso Eclesial Nacional* (29 de junio de 2007), n. 23. *La cursiva es mía*.
6. Cf. N. DAL MOLIN, «Missionarietà è... “prendersi cura degli altri”», en *Vocazioni XXV* (2008) 2, pp. 6-13.
7. Cf. S. MARELLI, *Fare casa. Giovani e vita comune*, Centro Ambrosiano, Milán 2021.
8. G. PICCOLO, «Maneggiare con cura. Complessità e delicatezza dell’accompagnamento spirituale», en *Presbyteri LVI* (2022) 3, pp. 169-179: 171.
9. FRANCISCO, *Lumen fidei. Carta encíclica sobre la fe* (29 de junio de 2013), n. 8. En adelante: LF.
10. SÍNODO DE LOS OBISPOS – XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Instrumentum laboris* (8 de mayo de 2018), n. 124. En adelante: IL.
11. En el clima fuertemente psicologizado de nuestra sociedad puede consolidarse la convicción de que, para acompañar bien a una persona, es necesario ser un profesional de la psicología. No es así: el acompañante espiritual no está llamado a ser psicólogo. Este último «sostiene a una persona en sus dificultades y la ayuda a tomar conciencia de sus fragilidades y potencialidades», mientras que el primero «remite a la persona al Señor y prepara el terreno para el encuentro con Él (cf. Jn 3,29-30)»: ID., *Documento preparatorio* (13 de enero de 2017), § II/4. En adelante: DP. Ciertamente, entre la dirección espiritual y la dimensión psicológica de la persona existe una interrelación que no debe descuidarse. Cf. G. MAZZOCATO, *Scienze della psiche e libertà dello Spirito. Counseling, relazione di aiuto e accompagnamento spirituale*, Messaggero / FTTR, Padua 2009. Más aún, el acompañamiento espiritual no excluye las aportaciones de las ciencias psicológicas, «pero las trasciende» (GEx, n. 170).
12. G. PICCOLO, «Maneggiare con cura. Complessità e delicatezza dell’accompagnamento spirituale», en *Presbyteri LVI* (2022) 3, pp. 169-179: 171.
13. Cf. A. STECCANELLA, *Ascolto attivo. Nella dinamica della fede e nel discernimento pastorale*, Messaggero, Padua 2020.
14. FRANCISCO, *¡Levántate!*. Discurso improvisado a los participantes en el Congreso promovido por la Oficina Nacional para la Pastoral de las Vocaciones (5 de enero de 2017).
15. L. GRECH, *Accompanying Youth in a Quest for Meaning*, Don Bosco Publications, Bolton 2019, p. 141.
16. SAN JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte. Carta apostólica al concluir el Gran Jubileo del año dos mil* (6 de enero de 2001), n. 31.
17. L. ALBERTINI, «Benedetta delusione! L’accompagnamento tra desiderio e realtà», en *Vocazioni XXXIX* (2022) 5, pp. 20-23: 21.
18. Cf. J.-P. HERNÁNDEZ, «Il discernimento spirituale», en *Tempi dello Spirito LIII/210* (2017) 3, pp. 26-64: 31.

Adulthood, generativity, intergenerationality

Por cuanto hemos dicho hasta ahora, resulta evidente que el acompañamiento de las nuevas generaciones no es una opción, sino un deber de todo adulto y un derecho de todo joven. Ninguna experiencia, reunión, clase, curso o dinámica de grupo puede ocupar el lugar de ese encuentro interpersonal que posee una identidad propia e insustituible. Lamentablemente, constatamos que la comunidad cristiana, en su conjunto, cuenta todavía con pocas personas adecuadamente preparadas para acompañar.

En efecto, en el proceso de descubrir y realizar su propia vocación, los jóvenes encuentran dificultades para identificar a su alrededor figuras adultas significativas, capaces tanto de orientarlos como de remitirlos a una comprensión elevada de la vocación y de testimoniarles formas concretas de vocación vivida. Sobre este tema, desde el comienzo y de manera constante, el Sínodo de 2018 señaló la necesidad que tienen los jóvenes de poder contar con adultos «con autoridad» (DF, n. 71), «bien formados» (DF, n. 97), «dispuestos a escuchar y capaces de hacerlo» (DF, n. 7), capaces no solo de escuchar, sino también de educar y acompañar el camino de la maduración.¹ Posteriormente, el papa Francisco dedicó también diversas reflexiones a la figura del adulto en *Christus vivit*.

Lo que ponen de relieve estos y otros textos no es solamente la escasez de adultos cualificados para acompañar a los jóvenes, sino incluso la falta de «adultos *tout court*» (IL, n. 14).

Un tiempo sin adultos

Se ha señalado que los jóvenes, con sus sensibilidades, expectativas, interrogantes, reacciones, preferencias y formas de compromiso, «hacen más fácilmente perceptibles los cambios que se están produciendo en nuestra época a nivel social, cultural y antropológico».² Esto vale, sin embargo, también para los adultos. Ellos mismos, aunque de un modo distinto al de los jóvenes, son un indicador de la temperatura cultural de nuestro tiempo. Incluso quienes tienen la responsabilidad de ser educadores, pastores o acompañantes experimentan profundamente las transformaciones culturales en curso. Como diría un autor, los adultos de hoy ya no son los de antes.³ ¿Qué está ocurriendo, entonces?

*Si un adulto es alguien que intenta asumir las consecuencias de sus actos y de sus palabras —es una definición que me atrevo a proponer más allá de la mera edad cronológica—, no podemos sino constatar un fuerte declive de su presencia en nuestra sociedad. [...] Los adultos parecen haberse perdido en el mismo mar en el que se pierden sus hijos, sin que exista ya una verdadera diferencia entre las generaciones.*⁴

Este nuevo retrato del adulto exalta el mito de Peter Pan, el triunfo de la inmadurez y el culto a la juventud: «El niño ha sido impuesto como paradigma del ser ideal».⁵ En toda su densidad, esta imagen nos enfrenta con uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo que, por otra parte, fue reconocido también durante el último proceso sinodal. Por un lado, es cierto que algunos adultos han permanecido prisioneros de modelos autoritarios que dificultan la acogida por parte del mundo juvenil. Por otro, muchos más han perdido credibilidad porque padecen cada vez más el fenómeno del juvenilismo adulto,⁶ la obsesión por querer permanecer jóvenes para siempre,⁷ la llamada *adullescencia*.⁸

Dependientes de sus propias necesidades y limitados a buscar únicamente aquello que les proporciona bienestar, estos «dactantes psíquicos»⁹ rompen el círculo virtuoso que une recibir y dar, y llegan a ser incapaces de «transmitir los valores fundamentales de la existencia [...], invirtiendo la relación entre generaciones» (ChV, n. 80). Si algunos adultos siguen comportándose como dueños (cf. DF, n. 54), muchos otros se presentan como aliados cuando, en realidad, son sujetos posesivos y seductores (cf. DF, n. 71), o actúan como competidores,¹⁰ o simplemente permanecen como espectadores marginales (cf. DF, n. 34).

Adultos que ya no son verdaderamente adultos no tienen nada que enseñar a los jóvenes: la educación termina allí donde el adulto interpreta su existencia ya no como un camino en la plenitud de lo humano, que inevitablemente se dirige hacia la muerte, sino como un continuo vivir «a contramano», intentando volver atrás, detener el reloj biológico y recuperar el paraíso perdido.¹¹

Hemos llegado así a una situación paradójica: si bien algunos jóvenes piensan que los adultos representan «un pasado que ya no cuenta» (ChV, n. 201), la mayoría de ellos no rechaza el encuentro con los propios adultos. Es natural, ciertamente, que los jóvenes intenten tomar distancia de ellos, defender sus propios espacios frente a sus injerencias y sostener una manera propia de acercarse a la realidad, aunque esto pueda «generar confusión o perplejidad en los adultos» (IL, n. 26).¹² Sin embargo, esto no significa que los rechacen.

Al contrario, numerosas investigaciones y experiencias muestran en los jóvenes una creciente necesidad de adultos que quieran ejercer verdaderamente su papel; una disponibilidad para acoger ideas capaces de dar sentido a la vida; una apertura a propuestas caracterizadas por exigencias claras de radicalidad y de responsabilidad.¹³

El verdadero punctum dolens es, por una parte, «la aniquilación de la edad adulta» (IL, n. 14): ¡nunca se llega a ella, se muere siempre siendo joven! Y, por otra, la indiferencia generalizada con la que estos adultos «juvenilizados» viven su relación con los jóvenes reales.

Por ello, los jóvenes se encuentran con frecuencia viviendo en una sociedad que ama más la juventud que a los propios jóvenes. En efecto, «la juventud adquiere valor de modelo para toda la existencia».¹⁴ Pero tomar la juventud como modelo significa que «los adultos quieren robar la juventud para ellos, no que respeten, amen y cuiden a los jóvenes» (ChV, n. 79).

Los jóvenes quedan entonces en la soledad. Se comprende, por tanto, la necesidad de crear nuevas alianzas entre jóvenes y adultos, pensando en el modo adecuado de restablecer una relación positiva entre las distintas generaciones. Si la sabiduría de la vida se transmite y se recibe «de generación en generación» (ChV, n. 190), a la sociedad nunca le servirá «la ruptura entre generaciones» (ChV, n. 191). Lamentablemente, la acentuada y fácilmente aceptada separación entre el mundo adulto y el mundo juvenil ha hecho perder de vista que tanto la juventud como la adultez «están llamadas necesariamente a encontrarse».¹⁵ Esta tarea:

a) presupone, ante todo, que ambas edades sean redescubiertas como momentos, aunque diferentes, de la única condición humana, en lugar de compartimentos estancos. En otras palabras, es necesario recuperar la continuidad de la vida.¹⁶

Además, b) exige devolver «un atractivo específico y una dignidad moral a la aspiración de ser adulto»,¹⁷ resignificar la función adulta y proyectar alguna luz de verdad y de esperanza sobre esta condición.¹⁸ Para ello se necesita un nuevo elogio del adulto, tanto en el ámbito eclesial como en el civil.

Después, c) implica relanzar, en el ámbito educativo, el papel de adultos creíbles, capaces de sostener a los jóvenes sin hacer pesar sobre ellos su propio juicio y con quienes sea posible construir una relación al margen de esquemas prescriptivos.

En consecuencia, d) exige preguntarse «cómo se construye este eje sin mortificar la condición juvenil, que necesita hacer sus propios experimentos y encontrar su propio camino».¹⁹

Ante todo ello, la Iglesia debe desempeñar su propia responsabilidad. Tanto más cuanto que la situación cultural actual impulsa a la comunidad eclesial a invertir no solo en los jóvenes, sino también en los adultos. En efecto, los adultos deberían ser quienes sepan reconocer la dimensión axiológica de la vida y promoverla entre los jóvenes mediante una auténtica ósmosis de valores.²⁰ Deberían ser «aquellos que,

por la experiencia, tienen las facultades ejercitadas para discernir el bien y el mal» (Hb 5,14); más aún, quienes se han ejercitado en elegir el bien y rechazar el mal.

La decisión de invertir en los adultos:

a) pone de relieve la urgencia de relanzar su función como sujeto indispensable de la pastoral juvenil, en cuanto modelo positivo de identificación; ejemplo y testimonio, aunque no perfecto, de una vida vivida; capaz de proponer, incluso de manera crítica, un estilo de vida, también cristiano; y facilitador de un discernimiento prudente. «No olvidemos que es precisamente mediante procesos de identificación con personas estimadas y amadas como el joven intenta imaginar para sí alguna opción vocacional exigente».²¹

Además, b) presupone privilegiar, en la medida de lo posible, ámbitos de intervención y modelos relacionales intergeneracionales con un marcado carácter educativo.

*He aquí la tarea que corresponde a los hombres y mujeres de la Iglesia que desean entregarse seriamente a la vida buena de los jóvenes: volver a situar a los adultos y a los ancianos a la altura de su propio perfil de personas capaces de un amor verdadero... hacia los jóvenes. Un amor cuya ley más elemental consiste en ser adultos cuando se es adulto, y ancianos cuando se es anciano.*²²

Ciertamente, «si la significatividad de la propuesta cristiana dependiera únicamente de la coherencia de la comunidad adulta, la partida estaría perdida desde el principio». Sin embargo, aun con sus límites, la tarea de la componente adulta de la comunidad cristiana será siempre la de «saber indicar [al joven] también aquello que no posee y que, a veces, le cuesta seguir».²³ Lo sabemos: el adulto es una persona normal. Pero, en cuanto educador, debería poseer ese mínimo de estabilidad, interioridad e integridad personal que le permita ser él mismo, servirse de sí para el bien de los demás, ponerse al servicio del bien ajeno y hacer el bien a sí mismo mientras hace el bien a los demás; en una palabra, ser generativo, como desarrollaremos a continuación. Todo ello pone de manifiesto la importancia, para los adultos, de revisar la propia manera de vivir la adultez.

¿Poseemos las competencias necesarias para acompañar? ¿O corremos el riesgo de buscar precisamente en quien nos pide ayuda la respuesta a nuestras propias necesidades o la legitimación de aquellas debilidades que nos cuesta aceptar y afrontar en nosotros mismos? En medio de la complejidad de la tarea educativa, ¿nuestra presencia testimonia y orienta hacia el crecimiento? ¿O nuestra pedagogía, en el mejor de los casos, se limita a decir? ¿Cuáles son las zonas vulnerables que el acompañante debe reconocer primero en sí mismo para poder identificar después y proponer los antídotos adecuados?

Los procesos de la generatividad

Cuando el *Documento final* habla de los «adultos con autoridad», los define como personas dotadas de *auctoritas* y, por tanto, depositarias de una «fuerza generadora» (DF, n. 71). No podía ser de otro modo. La generatividad es, precisamente, una de las cualidades que el psicólogo Erik Erikson presenta como distintiva de la edad adulta. La generatividad integra en sí los rasgos de la procreatividad, la productividad y la creatividad, y se expresa en la virtud del cuidado, «una forma de compromiso» con las personas, las obras y las ideas generadas.²⁴ Por el contrario, se opone a la preocupación exclusiva por uno mismo, que conduce al estancamiento. En relación con las personas, las psicólogas italianas Margherita Lanza y Elena Marta precisan que la generatividad está constituida por tres dinamismos: además de procrear/concebir y cuidar, también dejar partir/saber dejar ir.²⁵ Intentemos reinterpretar su aportación en clave pastoral.

a) Generar

Partiendo de la existencia de un fundamento psicobiológico orientado a la procreación, adquirido durante la etapa de la juventud, pero superando claramente una interpretación meramente orgánica, el adulto generativo asume y acompaña el movimiento de una vida «otra», fortalece su dinamismo y después la «da a luz», haciendo posible que «vea la luz».

Según la lógica de la transitividad propia de la procreación, la vida que se acompaña precede, atraviesa y supera la del sujeto generador. Por eso, el adulto generativo solo puede ser verdaderamente tal en la medida en que reconoce la indisponibilidad del otro. Aunque el camino recorrido juntos esté marcado por una saludable proximidad, el otro sigue siendo siempre otro y no me pertenece.

b) Cuidar

Fortalecer y dar a luz no basta. La generación no es un acontecimiento que concluye con el parto. La generación es una acción iterativa que, precisamente por ello, prolonga el nacimiento mediante el cuidado y la educación.²⁶ La educación de la persona humana y la educación de la persona cristiana van unidas. Es precisamente mediante la educación como la Iglesia, que ha dado a luz a sus hijos por el bautismo — el segundo nacimiento—, vuelve a engendrarlos «de nuevo» hasta que Cristo sea formado en ellos (cf. Gal 4,19): ¡el tercer nacimiento! Aquí, de hecho, regresamos al punto de partida de este estudio.

La pastoral no es generativa sin educación ni sin capacitación para la vida del discípulo. Existe un vínculo estrecho entre introducir en el mundo y educar para vivir en el mundo como cristiano. Una generación que no continuara en el acto educativo desacreditaría la promesa hecha al hijo en el momento mismo en que fue deseado, concebido y dado a luz.²⁷ La relación educativa se inserta en el acto generativo, y la vida recibida aprende a vivirse en la experiencia de ser hijo, en el encuentro con los padres o, en un sentido más amplio, con los adultos, testigos y pedagogos de una vida vivida.²⁸ Precisamente por eso, quien desea educar a un joven para vivir en el mundo como cristiano debe, antes que nada, saber él mismo cómo habitar el mundo como cristiano.²⁹ En el cumplimiento de esta misión, el adulto generativo reconoce la preciosa originalidad de cada persona y la acompaña con creatividad. Dios “nunca hace crecer a una persona del mismo modo. Dios es un artesano, no un productor en serie. Ahora te toca a ti. [...] También el crecimiento espiritual es artesanal, no se produce en masa. Dios no confecciona trajes de talla única”.³⁰

c) Dejar partir

Por último, dejar partir. Con el parto, la nueva vida abandona el seno materno y, al mismo tiempo, es dejada ir. Esa es la condición para que pueda seguir viviendo. Si algo nuevo ha sido engendrado, en el mismo momento en que lo generado adquiere forma comienza a vivir una vida propia, con una identidad y un significado propios. Por eso, dejar partir no es algo externo al acontecimiento generativo, sino que forma parte de él; más aún, es la condición para que quienes vienen después de nosotros puedan recoger la herencia:

*El verdadero sentido de la existencia humana —el misterio que nos hace hombres— no reside en la autorreferencialidad de la propia existencia, sino en esos actos concretos, a menudo cotidianos y ordinarios, mediante los cuales se entrega el mundo a otra persona. [...] Quizá la gratitud que los adultos lamentan no percibir por parte de los jóvenes tenga aquí su raíz. ¿Se puede devolver aquello que nunca se recibió o que fue transmitido de manera ambigua, desganada o presuntuosa?*³¹

Al mismo tiempo, el adulto toma conciencia de que, además de hacer experimentar al joven la necesidad de una cercanía personal y testimonial, el dinamismo mismo de la vida y del acompañamiento lo conduce también a él a partir, en lugar de permanecer. Todo acto de generación incluye una despedida. Desde una perspectiva generativa, la expresión «levantar la tienda» tiene el mérito de recordarnos que somos necesarios y útiles, pero no indispensables ni insustituibles. El verdadero educador —en la fe o en

cualquier otro ámbito— es quien, llegado el momento oportuno, sabe hacerse a un lado para dejar espacio tanto al Señor y a su presencia misteriosa pero eficaz, como a la persona que ya es capaz de caminar por sí misma. Quien intenta monopolizar de manera posesiva la relación con el joven, excluyendo a Dios y a los demás, presta un pésimo servicio, porque ata a los jóvenes a sí mismo en lugar de entregarlos al Señor y a la comunidad.

En síntesis, el Documento preparatorio del Sínodo de 2018, antes de hablar de las distintas figuras de referencia (padres, pastores, agentes de pastoral, docentes y otras figuras educativas), traza una especie de perfil del adulto acreditado que no ha perdido su relevancia:

El rol de adultos dignos de confianza, con quienes entrar en alianza positiva, es fundamental en todo camino de maduración humana y de discernimiento vocacional. Se necesitan creyentes con autoridad, con una clara identidad humana, una sólida pertenencia eclesial, una visible cualidad espiritual, una vigorosa pasión educativa y una profunda capacidad de discernimiento. (DP § III/2).

¡No es poco lo que está en juego!

Notas

1. Cf. A. GRÜN, *El arte de llegar a ser adulto. En diálogo con los jóvenes*, San Pablo, Madrid 2012, p. 45.
2. G. COSTA, «Entrevista», en *Misión Joven* LIX/510-511 (2019) 6, pp. 17-27: 23.
3. Cf. A. MATTEO, *L'adulto che ci manca. Perché è diventato così difficile educare e trasmettere la fede*, Cittadella, Asís 2014.
4. M. RECALCATI, «Dove sono finiti gli adulti», en *La Repubblica* (19 de febrero de 2012).
5. F. CATALUCCIO, *Immaturità. La malattia del nostro tempo*, nueva ed., Einaudi, Turín 2014, p. 6. En términos psicoanalíticos, el mito de Peter Pan encuentra su expresión en el síndrome homónimo. Cf. D. KILEY, *The Peter Pan Syndrome. Men Who Have Never Grown Up*, Dodd, Mead & Company, Nueva York 1983; G. CUCCI, *La crisi dell'adulto. La sindrome di Peter Pan*, Cittadella, Asís 2012.
6. Además de las obras ya citadas, sobre el juvenilismo en el mundo adulto pueden consultarse: F. BONAZZI – D. PUSCEDDU, *Giovani per sempre. La figura dell'adulto nella postmodernità*, Franco Angeli, Milán 2008; G. ZAGREBELSKY, *Senza adulti*, Einaudi, Turín 2016; A. MATTEO, *Tutti giovani, nessun giovane. Le attese disattese della prima generazione incredula*, Piemme, Milán 2018.
7. El ideal del *iuvenis aeternus* refleja la imagen del *puer aeternus*, arquetipo junguiano del hombre que se niega a crecer, a afrontar los desafíos que la vida le presenta y que, en lugar de resolver los problemas, permanece esperando. Cf. C. G. JUNG – K. KERÉNYI, *Prolegómenos al estudio científico de la mitología*, Siruela, Madrid 2004, pp. 102-138; M.-L. von FRANZ, *El eterno adolescente. El arquetipo del puer aeternus*, Kairós, Barcelona 2002.
8. En este caso, el término se refiere a los adultos que no logran encontrar el sentido de la etapa vital que están viviendo e intentan, de diversas maneras, volver atrás, tratando de detener la amenaza inexorable del paso del tiempo. Como sostiene Peter Beilharz: «Hoy nadie parece querer crecer, especialmente quienes ya no son jóvenes. También nosotros, los adultos, nos comportamos como niños». Prólogo a H. BLATTERER, *Coming of Age in Times of Uncertainty*, Berghahn, Nueva York 2007, pp. IX-XI: IX.
9. L. ZOJA, *Il gesto di Ettore. Preistoria, storia, attualità e scomparsa del padre*, Bollati Boringhieri, Turín 2000, p. 261.
10. Cf. FRANCISCO, *Dios es joven. Una conversación con Thomas Leoncini*, Plaza & Janés, Barcelona 2018, p. 32.
11. A. MATTEO, «Onora l'adulto che è in te», en *Note di Pastorale Giovanile* (2020) 7, pp. 11-42: 28.
12. Cuando la distancia se vuelve insuperable y termina encerrando a los jóvenes en «una especie de refugio inaccesible para los adultos» (IL, n. 36), esa situación provoca, sin embargo, frustración, porque los propios jóvenes quedan privados del apoyo y de la orientación necesarios por parte de quienes ya han vivido la juventud, han experimentado sus crisis, han superado sus dificultades y hoy viven, con mayor o menor serenidad, la edad adulta. Cf. Z. MONTALDI, *Juventudes. ¿Hay algo más que decir?*, Stella, Buenos Aires 2017, p. 35.
13. Confrontarse con los adultos no significa, sin embargo, estar de acuerdo con ellos ni aceptar sin más lo que proponen en virtud de su autoridad. Sobre determinadas cuestiones, la palabra de los adultos continúa resultando todavía lejana (cf. IL, n. 165).
14. M. GAUCHET, *El hijo del deseo. Una revolución antropológica*, Nueva Visión, Buenos Aires 2010, p. 44.
15. P. SEQUERI, «Ricucire un'alleanza. L'intergenerazionalità che ci manca», en *Rivista del Clero Italiano* XCVI (2015) 1, pp. 13-22: 18.
16. Cf. D. DANESI, *Forever Young. The Teen-aging of Modern Culture*, University of Toronto Press, Toronto 2003, p. 120.
17. P. SEQUERI, *Contro gli idoli postmoderni*, Lindau, Turín 2011, p. 23.
18. Cf. C. SAINT GERMAIN, *Adulto se busca. Asesoría y acompañamiento en pastoral con jóvenes*, Don Bosco, Buenos Aires 2019, pp. 35-66.
19. Cf. P. SEQUERI, «Ricucire un'alleanza. L'intergenerazionalità che ci manca», cit., p. 9. *La cursiva es mía*.
20. Cf. L. PATI, *Pedagogia della comunicazione educativa*, La Scuola, Brescia 1984, pp. 103-108.
21. Cf. C. CIOTTI, «Abita la vita. Scegliere da credenti per Cristo», en *Vocazioni* XXXV (2018) 4, pp. 36-47: 44.

22. A. MATTEO, «Quando i giovani possono fare i giovani. Piccola nota sul dialogo intergenerazionale», en *Rivista del Clero Italiano* C (2019) 2, pp. 145-155: 155.
23. C. AVOGRADI – P. CARRARA, «Nel terreno dell'inestimabile. La pastorale giovanile tra realismo e determinazione. II», en *Rivista del Clero Italiano* C (2019) 1, pp. 24-37: 33.
- 24 Cf. E.H. ERIKSON, *Infancia y sociedad*, Hormé, Buenos Aires 1976, pp. 258-261.
- 25 Cf. M. LANZA – E. MARTA, *La generatividad. Una nuova frontiera della psicologia*, Vita e Pensiero, Milano 2016.
- 26 Cf. P. RICOEUR, *Soi-même comme un autre*, Seuil, Paris 1990, pp. 221-223.
- 27 Cf. M. RECALCATI, *Le mani della madre. Desiderio, fantasmi ed eredità del materno*, Feltrinelli, Milano 2015, pp. 115-118.
- 28 Cf. A. MATTEO, *L'adulto che ci manca. Perché è diventato così difficile educare e trasmettere la fede*, Cittadella, Assisi 2014, pp. 87-95.
- 29 Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exsultate. Exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo actual* (19/3/2018), n. 14.
- 30 FRANCISCO, *Dios es joven. Una conversación con Thomas Leoncini*, Plaza & Janés, Barcelona 2018, p. 39.
- 31 M. RECALCATI, *Le mani della madre. Desiderio, fantasmi ed eredità del materno*, Feltrinelli, Milano 2015, p. 137.

Posponer, decidir, proyectar

Llegados a este punto de la reflexión, resulta claro que una pastoral juvenil está llamada a confrontarse con el discernimiento en clave vocacional y a implicarse en su acompañamiento.

Si un joven inicia un camino de discernimiento sobre su propia vida en clave vocacional, ¿la pastoral juvenil contribuirá a este proceso o permanecerá como simple espectadora, esperando que las decisiones se tomen en la mayor soledad o bajo la ilusión de la espontaneidad?¹

Permanece, sin embargo, el nudo de la decisión. El discernimiento orienta la decisión, pero, como tal, no concluye mientras no se llegue a una elección. Precisamente porque en muchos procesos vocacionales existe el riesgo de no culminar el discernimiento con una opción vinculante, hoy «se percibe ampliamente la necesidad» de acompañar no solo el momento deliberativo, sino también el decisorio (cf. DF, n. 91). Este acompañamiento no significa condicionar ni forzar la decisión (cf. DF, n. 72), sino ayudar a «la libertad interior necesaria para tomar decisiones» (DF, n. 111) y, después, concretamente, para «tomar decisiones válidas, estables y bien fundadas» (DF, n. 91), «con la conciencia serena de los propios dones y límites» (DF, n. 108; ChV, n. 282). En este sentido, la condición previa para un camino de acompañamiento fecundo es que quien discierne posea una cierta resolución para decidir.

En otras palabras, antes de emprender el camino del discernimiento, es necesario tener al menos un firme deseo de querer decidir. De lo contrario, la experiencia resultará infructuosa: un camino sin salida, una pérdida de tiempo. Para quien acompaña, es indispensable que el discernimiento se fundamente en algunos indicios que hagan viable el proceso, entre ellos el valor de la persona acompañada para tomar decisiones y permanecer fiel a ellas.² Con este fin, se vuelven indispensables procesos e instrumentos adecuados «para que los mecanismos del proceso decisional no se bloqueen» (DP, § I/3).

Debemos ser sinceros, sin embargo: en un contexto marcado por un cambio continuo, investigaciones y estudios vienen mostrando desde hace años la dificultad de diseñar itinerarios formativos capaces de educar para la toma de decisiones.³

Complejidad social y miedo a decidir

Hoy la decisión está en crisis. El nuevo desorden mundial, la desregulación universal, la complejidad social, el dismantelamiento de las redes de protección, la inseguridad radical que afecta a los mundos sociales y materiales en los que habitamos y a las formas de acción política, la desaparición de las certezas heredadas, las nuevas oportunidades, la movilidad derivada de las rápidas y continuas transformaciones del mundo, la ruptura de la secuencia estudio-empleo-jubilación, la precariedad laboral, la volatilidad del presente y del futuro... hacen que tomar decisiones resulte extremadamente difícil. Es más, muchos viven «un sentimiento de incertidumbre crónica ante todas las situaciones de elección».⁴

En el plano de la experiencia personal, el resultado suele ser la dificultad para desenredar la multitud de opciones sin poder prever con claridad el desenlace de cada una de ellas y, por tanto, sin conseguir gestionar constructivamente los distintos espacios de libertad. Esto puede traducirse en un aplazamiento continuo de las decisiones decisivas o, directamente, en el rechazo a tomarlas. La situación es tan delicada que el Sínodo habla de «una especie de parálisis en la toma de decisiones» (DF, n. 68; ChV, n. 140). Esta se percibe en el ámbito académico, profesional, laboral, social y político... y, naturalmente, pesa también sobre las decisiones vocacionales que confieren a la existencia una configuración definida.⁵

Los textos sinodales atribuyen este bloqueo decisional al «miedo a lo definitivo» (DF, n. 68; ChV, n. 140). Según Zygmunt Bauman, tomar decisiones irrevocables implica perder oportunidades, renunciar a experiencias y posibilidades y quedar vinculado a ámbitos restringidos. «Una vez alcanzada la cima, ya no

queda nada por escalar», afirma.⁶ En efecto, una multiplicidad de opciones y oportunidades de realización nunca antes conocida expone a la persona a un sinfín de posibilidades alternativas.

Así pues, hoy se considera subjetivamente más valioso acumular muchas experiencias que conducir la propia vida desde un único eje de referencia o vivir una pertenencia de manera totalizante. Con frecuencia, las personas deben tomar sus decisiones en un contexto que hace más arduo —y quizá menos deseable— el esfuerzo de orientarse. Además, se ha generalizado la convicción de la reversibilidad de toda elección y, por tanto, de la posibilidad de volver sobre los propios pasos para abrirse a nuevas opciones.⁷

No agrada, o quizá ya no parece que valga la pena, comprometerse con opciones demasiado vinculantes, y mucho menos «para siempre». Así, se adopta una orientación existencial flexible. Todo se convierte en una cuestión de decisiones que configuran un itinerario de vida continuamente modificable. Más que conferir una orientación definitiva a la existencia, recorriendo una sucesión de etapas que permitan alcanzar una meta final, la persona adopta hoy una actitud de exploración y experimentación continuas, cambiando constantemente de rumbo en busca de nuevos horizontes.

Lamentablemente, en una sociedad líquida se juega con la posibilidad de cambiar, quizá con demasiada facilidad, las propias decisiones, abandonando incluso los compromisos o las consecuencias derivadas de las opciones asumidas anteriormente, dentro de un itinerario biográfico en continua reconstrucción o permanente renegociación.⁸

¿Son capaces los jóvenes de identificar aquello que algunos adultos califican como «para toda la vida»? ¿Es posible mostrar que la fidelidad a una opción de vida es preferible al constante zapping existencial (cf. ChV, n. 279)? Si las orientaciones que proceden de los adultos y de las instituciones no siempre son fiables, ¿cómo ayudar a decidir qué camino seguir para llegar al destino?

Al miedo a lo definitivo, los Padres sinodales añaden el «miedo de apostar y de cometer errores», para no tener que afrontar las consecuencias de una elección equivocada (ChV, n. 142). De este miedo brotan dos tentaciones.

La primera es la de la huida hacia adelante: aplazar continuamente la decisión y no llegar nunca al momento de optar. Entendámonos: siempre han existido personas que posponen las decisiones importantes de la vida (cf. Lc 9,57-60); pero quizá hoy este fenómeno se ha vuelto endémico y casi patológico.

La segunda, igualmente ilusoria, consiste en encontrar una fórmula infalible para realizar una elección correcta y garantizada; quizá alguien que nos ofrezca una receta completa para ponerla en práctica hasta en sus más mínimos detalles. No es casualidad que hoy estén de moda los gurús o los líderes, a quienes se transfiere la responsabilidad de decidir en nuestro lugar.

¿Por qué existe el miedo a elegir? ¿Se trata de una incapacidad personal, de una inmadurez psicológica o de un rasgo característico de nuestra época? ¿Sigue siendo posible elegir en tiempos de complejidad y de cambio? ¿Quien acompaña concede suficiente espacio al problema de la provisionalidad del mundo en que vivimos?

El panorama se agrava por el hecho de que hoy resulta difícil encontrar espacios de seguridad que permitan sostener el peso y la inquietud de decisiones que ya no cuentan con el respaldo de pertenencias y referencias estables.⁹ Incluso las instituciones sociales, de las que cabría esperar estabilidad a lo largo del tiempo, aparecen hoy fragmentadas y, por ello, no siempre resultan fiables. Y, sin embargo, el riesgo forma parte integrante de los pasos necesarios para realizar ese proyecto de vida que ha sido vislumbrado

y elegido durante el discernimiento. A aquella joven que preguntó al Papa: «¿Cómo podemos despertar la grandeza y el valor de tomar decisiones de amplio horizonte?», él respondió:

*«Ahora bien, el que no se arriesga no sale adelante “¿Pero si me equivoco?; Pues bendito sea el Señor! Te equivocarás más quedándote quieto... Ese es el error, el encerrarse. Arriesgáos... arriesgáos con ideales nobles, ensuciandoos las manos; arriesgáte como se arriesgó el samaritano de la parábola... Cuando en la vida estamos más o menos tranquilos hay siempre la tentación de la parálisis... Acércate a los problemas, sal de ti mismo y arriesga».*¹⁰

Ciertamente, no parece que el consejo del Pontífice sea actuar de manera temeraria, sin reflexión y sin verdadera necesidad. Pero para decidir hay que atreverse, y para asumir un riesgo es preciso afrontar, ante todo, el miedo a ejercer la propia libertad.¹¹

Procesos decisorios y capacidad de proyecto

A complicar aún más la situación está el hecho de que nos encontramos ante personas muy sensibles al ámbito de los sentimientos y de los deseos vinculados a la afectividad. La tendencia del joven contemporáneo consiste, por tanto, en buscar la satisfacción, ante todo, a partir de las exigencias propias de la esfera de los vínculos afectivos. Además, nos encontramos con personas que procuran satisfacer de inmediato sus necesidades, sin realizar inversiones a largo plazo. Ellos mismos lo reconocen cuando, en la reunión presinodal, afirman: «En muchos lugares existe una gran brecha entre los deseos de los jóvenes y su capacidad de tomar decisiones a largo plazo».¹²

En pocas palabras, estas características reflejan el alejamiento de las nuevas generaciones respecto de aquellos modelos de vida caracterizados por una sólida capacidad de proyecto. Esto no significa que hayan dejado de soñar o que ya no se sientan atraídos por los grandes ideales. En teoría, los jóvenes perciben el atractivo de horizontes más amplios, como revela precisamente la pregunta dirigida al Papa por la joven recordada anteriormente. Se muestran abiertos a aquello que pueda orientar su compromiso futuro. Y la capacidad de soñar y desear en grande forma parte, sin duda, de una auténtica cultura vocacional.¹³ Sin embargo, los jóvenes ponen de manifiesto la distancia existente entre sus deseos y la capacidad de llevarlos a término. Si no todos, sí muchos parecen carecer de los recursos necesarios para perseguir metas exigentes.

En efecto, la capacidad de «proyectar hacia adelante» la propia vida está vinculada a un sistema personal de valores, a la capacidad de encontrar una finalidad y a la posibilidad de realizar elecciones que otorguen significado y unidad a la propia existencia.¹⁴ No se trata, por tanto, de una adquisición espontánea; necesita condiciones, disposiciones y decisiones que hagan posible su desarrollo. Como afirma el Sínodo, la juventud está marcada por sueños llamados a tomar cuerpo mediante decisiones que, aun a través de intentos quizá fallidos, van construyendo gradualmente un proyecto de vida (cf. DF, n. 65).

¿No existe, acaso, una insistencia excesiva en los sueños de los jóvenes, sin advertir que, sin compromiso o sin los instrumentos adecuados para realizarlos, esos sueños corren el riesgo de convertirse en simples quimeras? ¿Cómo despertar la grandeza y el valor necesarios para asumir decisiones de amplio alcance?
--

La familia, por ejemplo, sigue apareciendo entre los jóvenes como una meta profundamente deseada. «El deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes», afirma el Sínodo de 2016.¹⁵ Sin embargo, la necesidad de «formar una familia» (cf. AL, n. 40) no parece tan intensa como el deseo de «tener una familia hermosa». La vida conyugal y familiar no se percibe tanto como un proyecto de vida exigente, sino simplemente como algo hermoso que, sin embargo, resulta irreal o se escapa de las manos. Así, las personas viven relaciones, quizá prolongadas, pero carentes de objetivos que alcanzar; emocionalmente intensas y, al mismo tiempo, frágiles; íntimas, pero incapaces de concretarse en

compromisos exigentes. Entre el «sueño» y la «tarea» se constata no solo una tensión, sino una especie de brecha que resulta problemática cuando se trata de opciones que requieren fortaleza de ánimo y fidelidad en el compromiso.

La integración entre los ideales y la realidad no debe solo pensarse o desearse. ¡Debe ponerse en práctica! Aunque se trate de pequeñas decisiones, no necesariamente extraordinarias, cada acción permite a la persona experimentar su capacidad de abrirse a los valores trascendentes y de colaborar en la realización del proyecto vocacional redescubierto como don. Es mediante la acción, y no solo mediante las buenas intenciones, como un joven puede verificar si las oportunidades de que dispone son coherentes con aquello que quiere hacer con su vida, y utilizar sus potencialidades de manera libre y responsable para orientar su conducta y abrirse a las novedades de sentido que descubre en cada momento.¹⁶

Lo que hoy se observa, por tanto, es la reticencia a la hora de establecer un proyecto compartido que apueste por el vínculo y dé pasos concretos hacia una entrega definitiva de sí mismo, asumiendo el riesgo que ello comporta. Lamentablemente, allí donde existe una separación entre el ideal, el proyecto, su construcción y el esfuerzo cotidiano, afloran vaguedades y distorsiones ilusorias... «ya se verá!». Permaneciendo en el ámbito familiar,

esta impresión ha provocado un notable retraso en la edad del matrimonio. Hoy, sin embargo, parece haberse dado un paso más: se llega incluso a eliminar este horizonte de vida, que pasa a presentarse como una opción entre otras. El matrimonio sería un ideal importante, pero su gran dificultad justificaría permanecer en una etapa intermedia, sin llegar a la celebración.¹⁷

Educar para elegir

La elección es la respuesta afectiva al juicio de nuestra inteligencia cuando reconoce que un único camino es el mejor entre muchos otros.¹⁸ Sin embargo, precisamente la elección aparece hoy como una realidad compleja que, para poder vivirse plenamente, requiere una verdadera educación.

Educar para elegir supone tener en cuenta los diversos componentes personales —carácter, aptitudes, capacidades, preferencias, aspiraciones, intereses y valores— que configuran a cada individuo; considerar también los factores que pueden condicionar esa singularidad; y conocer las estrategias decisorias que cada persona pone en práctica. Todo ello incluye igualmente la educación de la afectividad. Con independencia del grado de madurez alcanzado, un joven está profundamente influido por la complejidad de su mundo interior, con frecuencia confuso y condicionado por las intensas emociones que experimenta y que, por su propia naturaleza, son cambiantes. Tampoco resulta fácil aceptar un eventual fracaso derivado de haber optado por una alternativa y no por otra. En efecto, el conflicto entre múltiples posibilidades igualmente atractivas genera una tensión que debe aprender a gestionarse adecuadamente.

Además, educar para decidir exige desarrollar las capacidades cognitivas implicadas en la búsqueda y valoración de la información necesaria para evaluar las distintas posibilidades y para identificar las motivaciones que orientan la decisión en una dirección o en otra.¹⁹ En este sentido, el educador debe ser capaz de ayudar al joven a comprender mejor sus aspiraciones y a perseguirlas de manera más consciente; a ponderar los diversos pensamientos y sentimientos que habitan en él; a relativizar deseos poco realistas o excesivamente alejados de su situación concreta; y a purificar progresivamente su relación con Dios.

Más aún, educar para elegir hace cada vez más urgente reconocer el primado de la conciencia personal como lugar decisivo de la libertad. Solo una conciencia formada y consciente podrá decidir apoyándose en valores que no sean efímeros. En definitiva, la dificultad de elegir no constituye únicamente un problema puntual que deba resolverse en un momento concreto. Debe insertarse en un horizonte

educativo mucho más amplio, porque se trata de orientar todo el proceso formativo como una auténtica educación para la decisión.

¿Cuáles son las actitudes y los estilos de decisión de los jóvenes que conocemos? ¿Qué factores contribuyen a determinar sus elecciones? ¿Cuáles son, por el contrario, los obstáculos o las condiciones que las hacen más difíciles? ¿Qué pasos concretos deben darse desde el punto de vista educativo? ¿Qué dimensión —afectiva, cognitiva o moral— consideramos hoy más descuidada en los procesos educativos que ofrecemos? ¿Cómo despertar la conciencia personal para que asuma responsabilidades personales y sociales?

Notas

1. Cf. F. ROSINI, «Innescare la vita. Dal kerygma al discernimento vocazionale», en *Vocazioni* XXXIX (2022) 3, pp. 10-17: 17.
2. Cf. P. DEL CORE, «La vocazione, dono e compito. Passaggi interiori e percorsi evolutivi», en *Spirito e Vita* LXXXIII (2007) 8/9, pp. 397-404; ID., «Dall'intuizione vocazionale alla scelta e decisione: l'accompagnamento», en *Note di Pastorale Giovanile* XLIV (2010) 6, pp. 44-54.
3. Cf. U. BECK, *I rischi della libertà. L'individuo nell'epoca della globalizzazione*, Il Mulino, Bolonia 2012.
4. F. GARELLI, «Giovani e vocazione: atteggiamenti, tensioni», en *Note di Pastorale Giovanile* XLII (2009) 1, pp. 17-31.
5. Cf. G. CREA, «Sfida educativa e discernimento come processo di crescita», en V. ORLANDO (ed.), *I giovani, la fede e il discernimento vocazionale. Contributi di riflessione sulla realtà dei giovani di oggi*, LAS, Roma 2018, pp. 143-166: 157.
6. Z. BAUMAN, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2003, p. 188. (*En el original italiano se cita la obra de Bauman de la que procede la expresión: «Arrivati sulla cima, non c'è più nulla da scalare»*).
7. Cf. A. GIDDENS, *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona 1995.
8. Cf. U. BECK – E. BECK-GERNSHEIM, *El normal caos del amor*, Paidós, Barcelona 2001.
9. Cf. U. BECK, *I rischi della libertà. L'individuo nell'epoca della globalizzazione*, Il Mulino, Bolonia 2012.
10. FRANCISCO, *El valor de elegir*. Preguntas y respuestas durante la visita a Villa Nazareth (18 de junio de 2016).
11. Cf. P. DEL CORE, «La vocazione, dono e compito. Passaggi interiori e percorsi evolutivi», en *Spirito e Vita* LXXXIII (2007) 8/9, pp. 397-404; ID., «Dall'intuizione vocazionale alla scelta e decisione: l'accompagnamento», en *Note di Pastorale Giovanile* XLIV (2010) 6, pp. 44-54.
12. SÍNODO DE LOS OBISPOS – XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Documento final de la Reunión presinodal* (24 de marzo de 2018), § I/3.
13. Cf. PONTIFICIA OBRA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa. Documento final del Congreso sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa* (8 de diciembre de 1997), Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1997, n. 13b.
14. Cf. F. GARELLI, «Giovani e vocazione: atteggiamenti, tensioni», en *Note di Pastorale Giovanile* XLII (2009) 1, pp. 17-31.
15. FRANCISCO, *Amoris laetitia. Exhortación apostólica postsinodal sobre el amor en la familia* (19 de marzo de 2016), n. 1. En adelante: AL.
16. Cf. G. CREA, «Sfida educativa e discernimento come processo di crescita», en V. ORLANDO (ed.), *I giovani, la fede e il discernimento vocazionale. Contributi di riflessione sulla realtà dei giovani di oggi*, LAS, Roma 2018, pp. 143-166: 157.
17. J.J. PÉREZ-SOBA, *La pastorale familiare. Tra programmazioni pastorali e generazione di una vita*, Cantagalli, Siena 2013, p. 165.
18. Cf. J. PIEPER, *La realtà e il bene*, Morcelliana, Brescia 2011, p. 128.
19. Cf. A. CENCINI, «Discernimento», en J.M. PRELLEZO – C. NANNI – G. MALIZIA (eds.), *Dizionario di Scienze dell'Educazione*, Elledici, Turín 1997, p. 306.

Conclusión

La vía maestra de una pastoral juvenil vocacionalmente fecunda es la de la gestación y la educación gradual a la vida cristiana *tout court*. Esto significa practicar y proponer itinerarios cristianos y eclesiales que traduzcan ese camino que conduce desde el *kerygma* hasta la vida de discípulo misionero; solo allí brota, por su propia fuerza, la llamada de Dios y madura la respuesta vocacional.

En esta perspectiva, la dimensión vocacional no constituye un añadido extrínseco ni una actividad especializada reservada a algunos jóvenes, sino el horizonte unificador de toda auténtica pastoral juvenil. Una pastoral que evangeliza conduce al discipulado; un discipulado auténtico lleva al discernimiento; y un discernimiento verdadero desemboca en una opción concreta de seguimiento de Cristo.

Por ello, el desafío principal no consiste simplemente en multiplicar actividades, iniciativas o propuestas, sino en configurar comunidades capaces de engendrar discípulos misioneros mediante relaciones educativas, procesos de acompañamiento, vínculos intergeneracionales significativos y una auténtica cultura vocacional.

El agente de pastoral deberá discernir la realidad desde la que proponer a los jóvenes el acompañamiento vocacional más adecuado. No podrá actuar ni en solitario ni de forma sectorial, sino orgánicamente, junto con toda la comunidad eclesial. En ella, los adultos, sin cargar sobre sí el peso de todo el proceso, están llamados a redescubrir el significado de su propia identidad y a renovar su misión como testigos capaces de proponer formas auténticas de vida humana y cristiana.

Junto a las motivaciones de la fe, se requieren también las debidas competencias educativas para que, en el proceso de discernimiento y de elección que acompañan, tengan presentes tanto las cualidades y recursos de los jóvenes como sus límites y fragilidades, así como las etapas progresivas de crecimiento y maduración de cada uno, marcadas tanto por dinámicas profundas como por las condiciones concretas de su ambiente.

Nota

1 Cf. F. ROSINI, «*Innescare la vita. Dal kerygma al discernimento vocazionale*», en *Vocazioni* XXXIX (2022) 3, pp. 10-17: 17.